**SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR A LOS CIELOS**

**Santuario de Ntra. Sra. de Fátima (Astorga), 13 de mayo de 2018**

Celebramos con gozo pascual la solemnidad de la Ascensión del Señor a los cielos en este Santuario de Nuestra Señora de Fátima, dedicado a la Adoración del Santísimo Sacramento y a Casa de la Misericordia. Damos gracias a Dios porque nos permite celebrar este día tan santo en la casa de su Madre.

La fiesta de la Ascensión del Señor a los cielos nos recuerda que Jesús, una vez resucitado de entre los muertos ha sido glorificado y vive para siempre al lado del Padre en íntima unión de amor con el Espíritu Santo. Jesús, ascendido a los cielos, recibe de nuevo la gloria, el honor y el poder divino al que “no se había aferrado cuando se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo” para asumir nuestra carne y debilidad humana. Este poder que Jesús recibe no es el poder de este mundo sino el poder sobre el mundo y todo lo creado. Es el poder del amor, el poder de la nueva vida, la vida eterna, la vida para siempre. Un poder que todo lo transforma, todo lo perfecciona, todo lo hace nuevo. Es el poder de su Palabra, de su amor, de su vida, de su reino. Este es el poder de Cristo glorificado en el Espíritu del que hace partícipe a la Iglesia como acabamos de escuchar en la carta del apóstol San Pablo a los Efesios: “Todo lo puso bajo sus pies y lo dio a la Iglesia, como Cabeza, sobre todo. Ella es su cuerpo, plenitud del que lo abarca todo en todos” (Ef 1, 23).

Al meditar el Misterio de la Ascensión del Señor a los cielos nos surge esta pregunta ¿Por qué el Señor se fue de la presencia de sus discípulos? ¿Por qué ya no se hace visible a nuestros ojos para que todos los hombres lo puedan reconocer y creer en Él? Todo resultaría más fácil para que el mundo creyera en Él. La fe y la esperanza del hombre parece que se verían como más justificadas, más comprendidas en estos momentos en los que la gente dice que sólo cree en lo que ve, en lo que puede experimentar. Jesús nos da la respuesta en el evangelio: “Os conviene que yo me vaya porque si no me voy no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy os lo enviaré… Y Él cuando venga os guiará hasta la verdad plena” (Jn 16, 7-13). Por tanto, la razón por la cual el Señor se ausenta visiblemente de este mundo es para que el Espíritu Santo actúe en la Iglesia que es su Cuerpo y ésta prosiga en el mundo la misión iniciada por Jesús. Esta nueva forma presencia del Señor después de su Ascensión tiene también un sentido pedagógico. Dios quiere que el hombre sea libre y viva en libertad. Dios quiere que el hombre acepte con libertad y responsabilidad la salvación que le ofrece. Dios se muestra así como un verdadero Padre que nos quiere verdaderamente libres y responsables.

El Señor desde esta nueva presencia nos llama para encomendarnos la misión de seguir transformando este mundo según sus planes. Debemos responder con responsabilidad. Hoy el hombre tiende a vivir sin responsabilidades, sin compromisos, sobre todo sin compromisos sociales. Los esposos cada vez tienen memos conciencia de la responsabilidad social que tienen de procrear para que el mundo no se acabe. Los padres tienden también a desentenderse de la responsabilidad que tienen en la educación de los hijos y la dejan en manos de otras personas o del colegio. Muchos políticos tampoco actúan con responsabilidad social y miran más a sus intereses personales, partidistas o nacionalistas que al bien común, a la justicia y a la unidad. También como cristianos tenemos que examinar nuestra responsabilidad en estos momentos ¿Estamos haciendo lo que Dios quiere que hagamos? ¿Nuestro compromiso con el anuncio del evangelio, la solidaridad con los pobres, el testimonio de nuestra fe, la fraternidad de las comunidades es significativa para que el mundo crea que Jesús es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo?

El amor de Cristo nos urge a ser responsables y a intensificar el testimonio evangélico. Nos urge a ser sal y luz del mundo para que el mundo encuentre caminos de fe y esperanza, de justicia, solidaridad, misericordia y paz. Pero no estamos solos en la misión que el Señor nos encomienda como sus discípulos. Está con nosotros el Espíritu Santo que es el maestro que nos conduce a la verdad, el abogado que nos defiende del Maligno, el consolador que nos anima a seguir adelante con la misión, a pesar de las dificultades.

 Efectivamente, El Señor está presente, aunque velado para nuestros ojos, por medio de su Espíritu en la Iglesia y en la misión de la Iglesia. La última acción de Jesús que narran los evangelistas antes de su Ascensión es precisamente el envío de sus discípulos al mundo para llevar la Buena Noticia a todos los hombres. Para realizar esta misión les concede por medio del Espíritu el poder que Él mismo ha recibido de Dios Padre; por eso su Palabra no será una palabra hueca o embaucadora sino que irá acompañada de signos que avalan y certifican su verdad. La presencia de Cristo en su Iglesia y en la misión de la Iglesia asegura que la proclamación del evangelio nunca se interrumpirá aunque históricamente pueda interrumpirse por las deficiencias de sus discípulos. Siempre, en algún lugar del mundo se seguirá proclamando el evangelio de la misericordia y el amor divino.

Los evangelios no dicen nada de la presencia de la Virgen María en aquel monte desde donde el Señor despidió de los suyos para ascender a los cielos. Por eso nos preguntamos. Sólo nos hablan de su presencia después de la Ascensión orando junto con los apóstoles en el cenáculo. ¿Cómo se sentiría la Virgen María el día de la Ascensión del Señor? La respuesta la encontramos en el Magníficat. María se alegró en Dios su Salvador al ver a su Hijo coronado de gloria y majestad. Ella no permaneció como los discípulos mirando al cielo sino que los reúne en el cenáculo para orar y esperar la venida del Espíritu Santo. La Virgen María en ausencia de Jesús dirige su mirada y su pensamiento hacia Dios, uno y trino, y hacia la incipiente comunidad del Hijo alentada por la presencia del Espíritu Santo. Ella asumió en este mundo y a los ojos de los apóstoles el lugar físico que Jesús, ascendido al cielo, deja en este mundo. Asumió su nueva responsabilidad: la de ser madre de todos los creyentes. Desde entonces, la Virgen María no ha dejado nunca de ejercer esta maternidad sobre sus hijos que la reconocen como tal madre y acuden a ella con fe y devoción.

Muchos de vosotros y yo mismo somos testigos de cómo la Virgen María nos acompaña, nos protege y nos lleva a Jesús. Tal día como hoy hace 101 años la Santísima Virgen María mostró ese amor maternal a tres humildes pastorcillos en Fátima. En su mensaje a los pastorcillos nos recordó la importancia de la oración, la penitencia y la constante conversión del corazón al Señor. Y a todos nos emplazó para luchar por conseguir la paz entre las naciones y la extensión del Reino de Dios por todo el mundo. Hoy la devoción a la Virgen de Fátima sigue siendo una llamada constante a la oración por la conversión de los pecadores, entre los que también nos encontramos nosotros, y por la paz en todo el mundo.

A Nuestra Señora de Fátima le pedimos desde este Santuario de Astorga que el Señor nos fortalezca con una nueva efusión del Espíritu Santo para que renueve nuestros corazones para que asumamos con la libertad de los hijos de Dios la misión que el Señor nos encomienda hoy.

† Juan Antonio, obispo de Astorga